

Historia de los demonios de la noche y sus inquilinos

PARTE PRIMERA. LOS DEMONIOS.

Era una de esas veces en que el diálogo cotidiano se convertía en algo peligroso. Jorge, sumido en un mutismo extraordinario y angustioso para mí, me conducía por la ciudad estrepitosa y multitudinaria. Y yo insistía en penetrar y desvirgar aquella claridad indecisa.

—Al grano, al grano —insistía yo—. ¿De qué se trata? Como si no fueran suficientes las películas de James Bond. “Es que tú nunca has estado en el nivel en el que yo he estado” decía el Fotógrafo, con una seguridad que me encolerizaba. “Una vez que la fantasía y la realidad pierden sus contornos, lo mejor es encomendarse a dios...” y le metía mano al séptimo cigarrillo de la tarde.

Y miré la calle. (*Paul McCartney, en tu radio de transistores quizás canta “Largo y sinuoso camino”.*) De las puertas y los zaguanes brotaban ciertos gruñidos de bestias nocturnas que pugnaban por salir.

—Esto se pone demasiado metafísico —bromeé, al cruzar las cortinas negras de un cuarto oscuro.

“No te preocupes” sonrió Jorge, mirándome sobre el arillo de los lentes. “Este infierno es de mi propiedad”, y se perdió en una oscuridad casi total. Cuando me hube acostumbrado a la poca claridad del cuarto de revelado, observé que el fotógrafo ocupaba una de cuatro cabinas, situadas en derredor de una gran pila de azulejos. Estaba ahí, serio, tratando de apresar un trozo de celuloide entre unas piezas metálicas. Aquel hombre de ojos de lince y pelo rizado había tratado de convencerme de abandonarme a la borrachera. “Una borrachera total de los sentidos”, gruñía ante mi indiferencia. “¿Ya lo ves? Te das demasiada importancia a ti mismo”, sentenciaba. Miré en derredor. Hurgaba en aquella oscuridad, como si la esencia del mal, de todos los males, estuviera escondida en la oscuridad, “...el cuerpo de Haller jamás apareció”, me sorprendió el fotógrafo. Mirándome lleno de júbilo y malicia, deteniéndose a cada frase. “Ni gotas lustrosas de tierra, ni trapo oscurecedor de dolorosidades...”

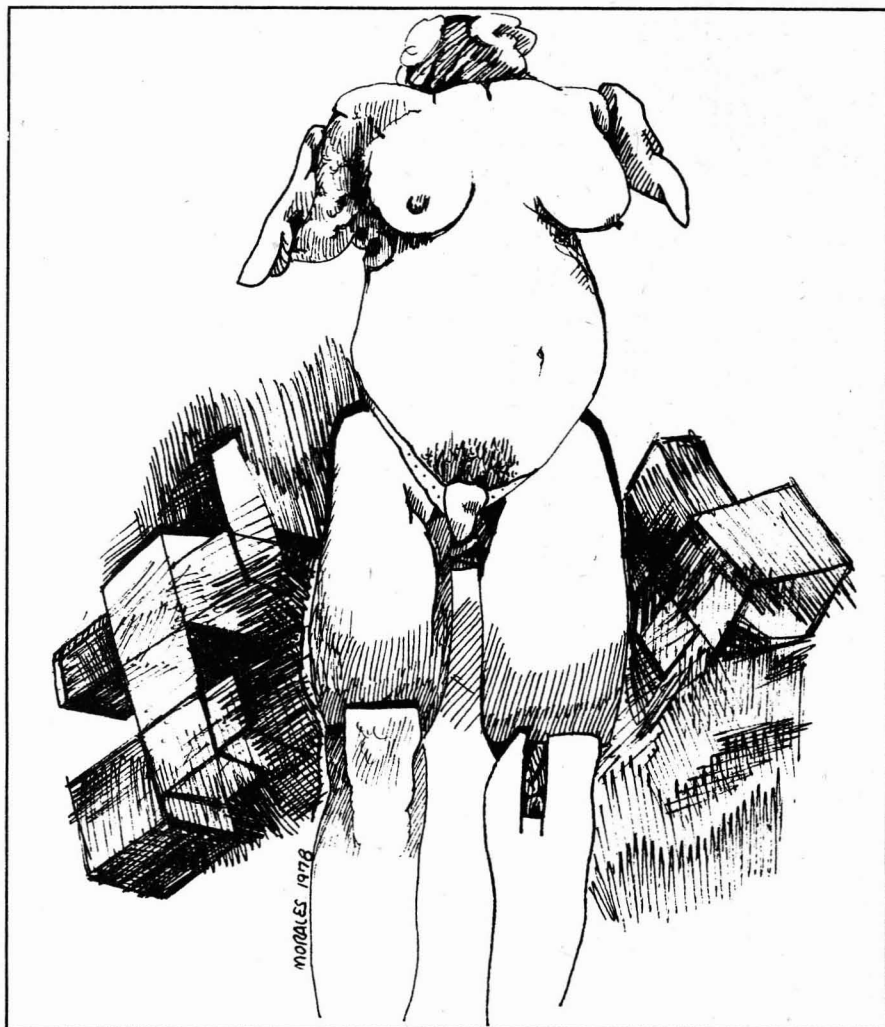
Había mantenido las manos dentro de una bolsa de plástico negro, como si las palabras leídas en otra parte fluyeran de la bolsa a sus brazos. No respondí.

“Porque la belleza, Fedón, nótalo bien, sólo la belleza, es al mismo tiempo divina y perceptible.” Sobre una hoja de papel fotográfico se imprimía la imagen de una niña con audífonos, y una cruz huichola. ¿Pero crees hijo mío, que logre alguna vez la sabiduría, emperado por esas pustulosas ninfulas modernas?” y estrelló varias veces su puño cerrado contra mi cabeza.

La luz de la ampliadora se había apagado automáticamente, y el fotógrafo salió tambaleante hacia las charolas llenas de líquidos.

—“Hola” —dijeron desde las cortinas. El fotógrafo me miró, en silencio, expectante. “Soy yo”, volvió a decir la voz; claramente pude distinguir un tono femenino. “Son los espectros menores”, refunfuñó el fotógrafo, y regresó a la fotografía en proceso.

—“De cuál fumaste”, dijo nuevamente la voz, como en un auto sacramental. Y Minerva apareció junto a la cortina negra. (*Tú veías “El último tango en París”.*) “Minerva, luz de mi vida, fuego de mis entrañas...” entonó Jorge, grávido. “Pecado mío, alma mía.” Lograron unir sus labios. Varios círculos concéntricos se formaron alrededor de la imagen fotografiada. El rostro de la niña me miraba con expresión de ahogado. Minerva reía con fruición. Su risa lebruna roía de alguna forma la noche y el silencio. “De qué te ríes”, espetó Jorge con amargura. “Esto es recontracagadamente serio, y tú te ríes”, reclamaba. Ella se encogió de hombros y evadió la mirada del hombre. “Sólo el uso de la realidad verifica la actividad mental cuando ésta se halla en su nivel y en su capacidad.” Me dijo, mientras metía una mano en la entropiada de Minerva, auscultando. Ella permaneció seria, miró con fastidio hacia el fotógrafo, y luego hacia mí.



—“Es un cerdo” —dijo. “No le creas” desmintió él. Ahora resbalaba la mano hacia las nalgas firmes. “Hay cosas que destruir. Hay deformaciones del pensamiento, hábitos mentales, vicios, por último, que contaminan los juicios del hombre desde que nace. Nacemos, vivimos, morimos en la atmósfera de la mentira.” Dicho esto, colocó la fotografía en la charola del agua, y empezó los preparativos de otra impresión.

Cuando salimos del edificio, la ciudad estaba llena de autos semidetenidos, y un aire frío y terroso circulaba sobre los toldos. Minerva, en aquel ambiente parecía un espectro de verdad. Pero afortunadamente aquel espectro tenía el descaro de pedir un café, “Un asiento en un lugar de esos y olvidarme de quién soy y lo que soy” —había dicho, ante la indiferencia del hombre. “Mamadas”, debía sonreír él, sistemáticamente. Conociéndolo, y habiéndolo escuchado hacía algún tiempo, sabía que pretendía el tráfago ciego del alcohol. “No son gente, son maniqués”, me dijo, señalando una pareja detrás de un cristal. Me acerqué, en medio de

una racha particularmente fría y terrosa. Detrás del cristal, sentados frente a una serie de tazas de café, estaban dos monigotes de tela con máscaras de plástico. “El camino hacia el cielo y el infierno son el mismo” murmuró en mis oídos, con una voz gutural. “Y por supuesto”, pensé. “El Marrano Melodramático que ciertamente vivía en todos y cada uno de nosotros (un dedo acusador debe apuntarte ahora), reclamaba su triunfo.” Sentí ganas de llorar, un silencio ominoso me impedía emitir cualquier juicio. En tales circunstancias, era deplorable saber que el máximo triunfo de nuestras doncellas, era su carrera comercial, o a lo sumo estudiaban ilusiones internacionales.

Sin embargo, nuestro futuro, no era muy diferente del de ellas, las necesitábamos. “Ese mal sabor de conciencia sólo se quita con un fregadazo de mezcal”, me dijo el Fotógrafo, y me tomó del brazo, y me hizo caminar en dirección de Minerva. Propuso entonces ir al estacionamiento en busca de la pequeña máquina VW, con que lo había dotado la pura suerte. “Los invito a un conciliábulo de brujas”, exclamó finalmente, casi alegre.

—“No mames” —dijo ella. “¿Y vamos a la fiesta de las brujas?” Pero Minerva ya no dijo nada. Se dejó conducir con desgano.

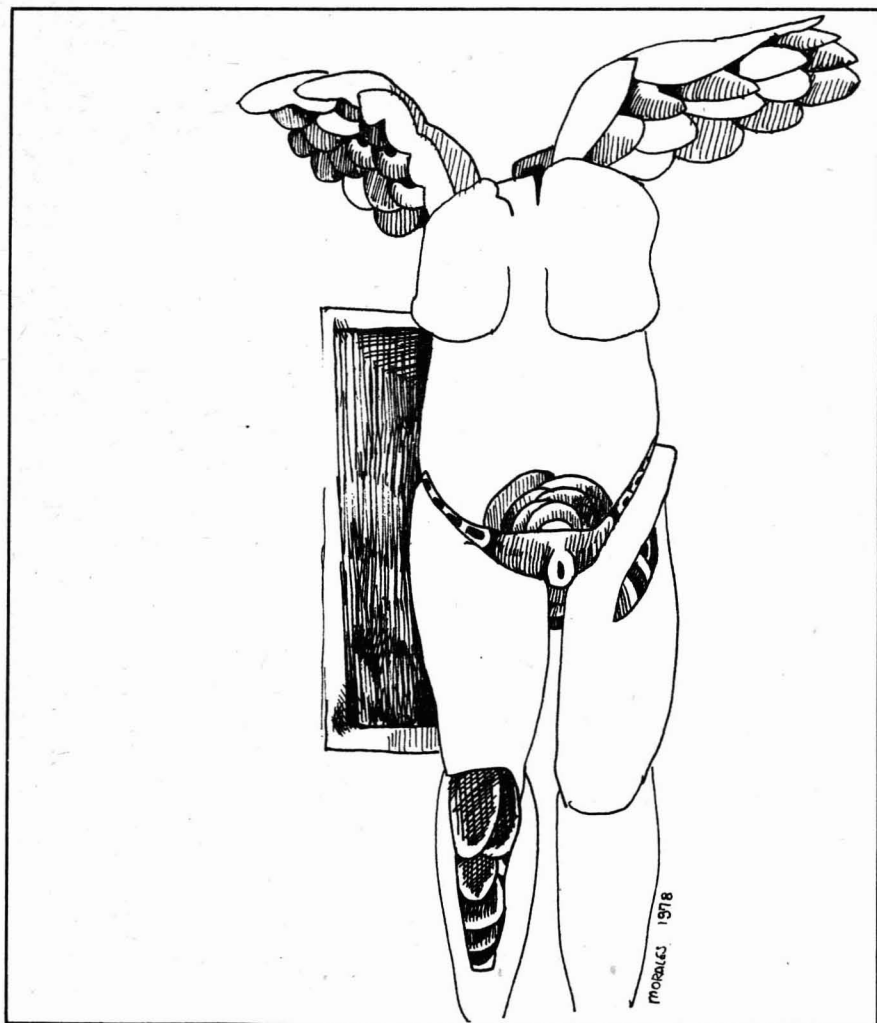
Era mejor así. Varias veces había amargado el sabor del alcohol, o el bailoteo sensual de un cigarro de marihuana, con una historia terrible. Su historia.

Antes que nada, hay que decir que para ella, no existía nada mejor que los Beatles y un montón de amigos animando la tertulia y luego un ir y venir bailando rocanrol.

Eso era ahora, porque ella siempre vivió una especie de celda familiar. Cuando hizo un viaje de 20 minutos al centro de la ciudad (el México de 1963), a la edad de 9 años, regresó asombrada: había descubierto casotototas de muchos pisos, monumentos, estatuas y millones y millones de gentes. Su madre estaba adormilada todo el día, criaba piojos en la cabeza, y daba el aspecto de una moribunda. Así, de nacimiento. El padre era el hijo mayor de una familia numerosa: sus mujeres se destacaban por su precocidad sexual. Invariablemente resultaban regenteadas a los 16 por agentes de la judicial. Ellos, por su ferocidad en las peleas callejeras. Mantenían bajo su dominio la última calle de canal del Norte y sus alrededores, comandados por la madre: una gran vieja Bruja, malhumorada y canosa que negaba con los dientes de fuera la homosexualidad de su hijo el menor.

Minerva había sufrido esa suerte. Atendía la tienda sin brasier, y todas la noches se terminaban las existencias de cigarros en la tienda. Era víctima de una vida sumergida en dramas, abortos, buenos deseos de Navidad, fotonovelas y hoteles sucios.

A mí, realmente me alarmaba saber que todo ese dolor iba a salir a cada momento por esos labios delgados. Quizá era eso lo que atraía al fotógrafo.





Minerva era un bicho raro que al menos tenía una coartada que esgrimir. Y el fotógrafo la había utilizado multitud de veces, como modelo. Practicaban entre sí una camaradería grosera. Eran una especie de hermanos de sangre que se encontraban de pronto, asistiendo al mismo infierno. “¡El infierno está aquí!”, me habían dicho más de una vez. Borrachos, abrazados, inconmensurablemente tiernos, así, irrecuperables en su miedo.

Yo me unía a ellos, bajo el sentimiento de conservar su misma ansiedad viva. Un desasosiego interior y malsano me provocaba saber que todos y cada uno de aquellos seres con los que convivíamos, practicaban una envidia sorda. Una especie de condición esencial. Incluyéndonos a nosotros.

Minutos después, cuando estuvimos a bordo del auto, Minerva propuso pasar por Leo. (*Quizás, tu recuerdes aquella edición de “Vampiros multinationales”*.)

—Necesita una compañera ¿no? —dijo. No pude contestar su mirada: un par de cristales fríos, detenidos en mí; como un shock eléctrico.



El auto dio un giro a la derecha, y nos encontramos corriendo por Paseo de la Reforma, en un silencio asombroso. “The Soft Parade” musitó Jorge.

PARTE SEGUNDA.

LOS INQUILINOS.

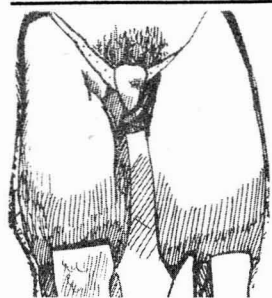
“¡Cabeza Loca, cerebro de pajarito! ,
¿Qué tengo que ver yo con el amor?” / L. Marechal

Leo no estaba en ese edificio de Tlatelolco que conocíamos como su casa. La mujer violenta de labios rojos y ojos ardientes que había acudido al llamado del timbre, nos había dicho que con seguridad Leo se encontraba en el cine. Hablaba de “el cine” como de algo familiar.

—Qué cine —inquirí. La mujer pareció sorprenderse, sus ojos erráticos se fijaron en mí, y atinó a decir el nombre de Chaplin. Le agradecí la información, y bajamos las escaleras. “Amamos a una mujer por el hecho de hablar del amor con ella...” decía el fotógrafo, a medida que nos internábamos en la diagonal de un parque. “Lo mejor es no verlas, no hablarles, no escribirles. Sin la rectificación (o experiencia) de los objetos (amorosos, o de cualquier otra índole), el mundo exterior resulta falso: en cuanto no la veas ni oigas, habrá dejado de existir para ti. Como si de una forma artificial hubiere muerto...” Temblé ante aquellas palabras. Minerva corría delante de nosotros. “Consíguete otra mujer...” aconsejaba el fotógrafo.

Me descubrí deslizándome hacia la noche, sumido en un murmulante zumbido amoroso. ¿Algo peor podría pasarme? La tarde me había inducido a revolcarme como un cerdo, y las ganas de emborracharme se habían vuelto nítidas. ¿Era eso tan grave? ¿Y si había culpa alguna de quién y cuál sería? Porque el mundo había demostrado ser circunstancial. Y yo, junto a Leo, sucumbiría a la pareja amada-amante.

“¿Quién dice que amamos para destruir el amor, que el amor se gasta, que el amor no es pasión conflictiva sino amistad displicente?”, seguía el fotógrafo, mientras examinábamos la cartelera del cine. La última vez que me había visto con Leo, tuvimos una de aquellas escenas grotescas. Verdaderos rounds de Techazo, de absoluta y estúpida violencia verbal y física. Estábamos hartos el uno del otro, y de la situación que atravesábamos.

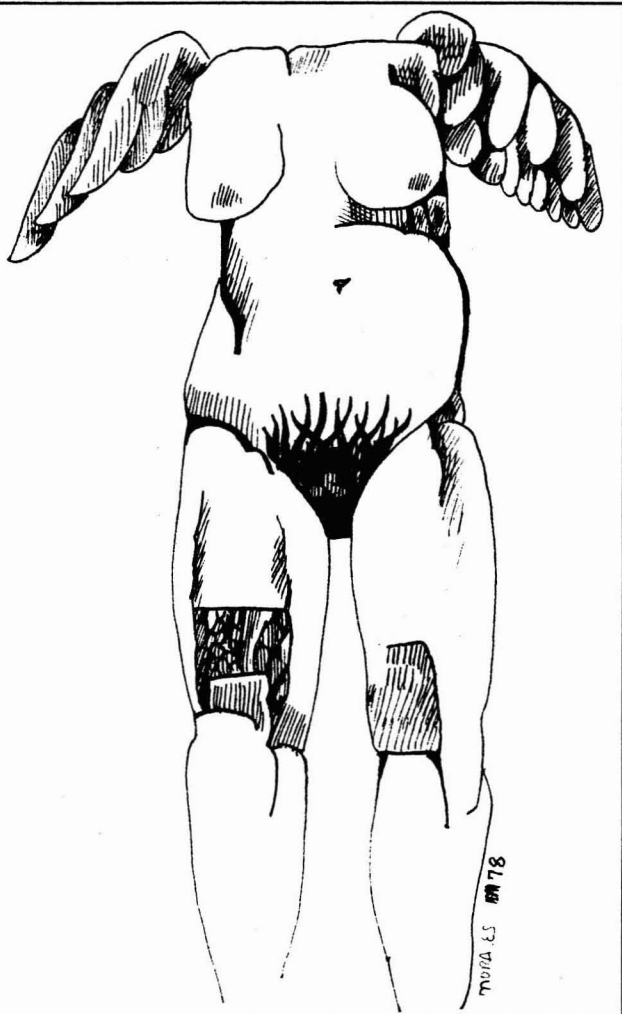


Cuando por fin llegamos al lugar, las luces mercu-
riales nos daban cierto aspecto grisáceo. Leo y yo
viajábamos en silencio. Nos mirábamos oblicuamen-
te. Aquel fluir de palabras que solía existir entre
nosotros, había desaparecido. Samba pa ti, resonaba
en un gran salón mal alumbrado y lleno de humo y
voces.

Caminamos entre mesas de cantina, donde hom-
bres de todas las clases sociales bebían, acompaña-
dos de mujeres untadas de pintura y salpicadas de
lentejuela.

Nos detuvimos en una mesa abarrotada de bote-
llas y vasos. El fotógrafo, Minerva, Leo y yo,
tomamos asiento entre aquellos hombres. ¿Hom-
bres? Yo no me atrevería a decir que la mirada
turbia de aquellos seres, fuera humana. Eran más
bien una especie borracha de piratas desalmados.
Leo me miró. Había un asomo de alerta en sus ojos.
Un azoramiento múltiple: una especie de espasmo
carnal e intelectual. Me tomó la mano izquierda y
me apretó fuertemente.

Yo me di prisa en terminar el contenido del vaso



que habían puesto a mi disposición. Bajo el efecto
del primer sorbo de alcohol (*como si fuera tu
presencia algo beodo y sensual lo que me hiciera
amarte y desearte*), Leo mostraba unos labios húme-
dos y apetitosos.

Junto a Jorge, escoltado por coristas con plumas
y pedrería barata, estaba Raúl Aranda. Reconocible
a pesar de la borrachera en sus ojos negros y vidriosos.
Me reconoció, y levantó el brazo hacia mí.

—Salud... —dije. Repetimos varias veces la opera-
ción, y aquellos hombres seguían libando con ale-
gría. Me dirigí entonces a Leo, y le propuse bailar.
29 pestañas alrededor de una pupila café claro
aparecieron frente a mis ojos. Leo se levantó, y nos
dirigimos hacia un claro entre las mesas.

—¿Porqué no me has hablado? comenzó Leo,
una vez que empezamos a movernos, confundidos
con otras parejas. Me sentí atraído. La trampa
consistía en su presencia vaginal, en su labios abier-
tos, en la sensualidad de sus movimientos, en sus
huesos, en su piel.

—Es inútil... —murmuré.

—No seas melodramático —dijo ella, con desdén.
Levantó los hombros irresponsablemente y conti-
nuó: ese, es mi papel.

—No es melodrama... —repliqué de nuevo, casi
sin fuerzas. Tenía ganas de abrazarla, de poseerla.

Quiero ser tu amiga —seguía ella; quejumbrosa,
infantil (*"Couldn't really blame you, if you turn
and walk away"*, debe cantar la baladista de moda,
en tus apreciables oídos).

—Mi amistad —decía ella, segura de su papel—. Es
todo lo que te puedo dar. Acerqué mi rostro a su
rostro. Tenía la certeza de que podría ser mía esa
misma noche, si tan sólo lograra colocar certeramen-
te varios chantajes descarados y sentimentales. La
atraje hacia mí, y empezamos a bailar muy juntos,
muy lentamente. No me conformaba con nuestra
separación. Eran demasiadas frases para quedar sin
respuesta, era demasiada ternura, mucho amor des-
perdiciado.

Leo se detuvo jadeante, me guió de la mano
hasta la mesa. Una vez ahí, tomó su vaso apenas
tocado, lo levantó hasta la altura de los ojos, y lo
empinó hasta el fondo. ¿Si a su vez necesita de las
tinieblas del alcohol, para cumplir el acto de entre-
ga?, pensé yo, mientras le servía una nueva ración.
Después de todo ella siempre me decía que "todos
los penes de noche son pardos".

—Mi amistad no sirve... —la oía yo, en voz
baja—. Tu amistad tampoco me sirve.

Leo mantenía una risita inexpresiva. La Comedia
Cotidiana la había aleccionado muy bien, y seguía
con su convencimiento.

—Confundes los sentimientos —decía, en tono
conciliador.

—Confundida tienes la vagina —le espeté, sin
misericordia. Y apoyé una mano (*Ardiente, según
tus propias palabras*) en sus muslos. No dijo nada,

simplemente llevó el vaso hasta los labios, y bebió.

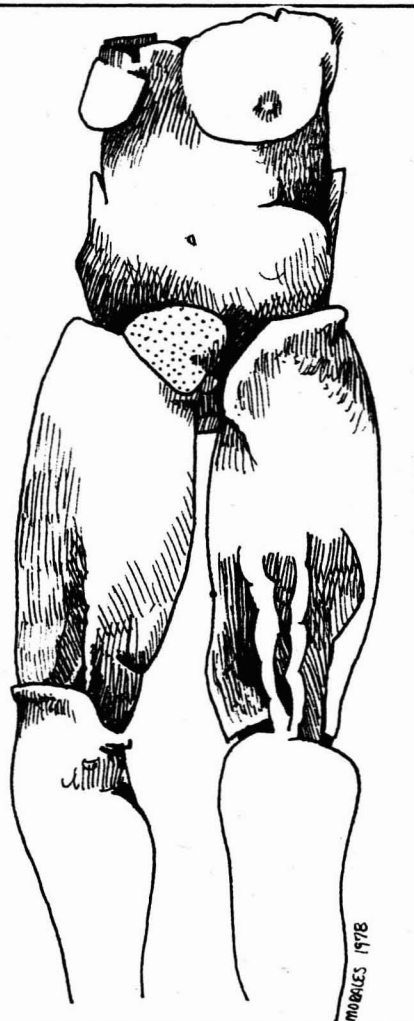
—Te felicito sinceramente —insistí yo, abierto ya a mi propio rencor—. Porque has aprendido muy bien a etiquetar, a encasillar... No seas inhumana, dale tu cuerpo a quien lo necesita. ¿Como puedes amar al Bueno Para Nada?

Leo apretó nuevamente mi mano, y dijo mi nombre en un espasmo. Como si estuviéramos desnudos en alguna cama, y la hubiera penetrado. Pasé una mano por su cuello, y fui resbalando los dedos hasta tocar uno de sus senos.

—Es que tú no sabes... —dijo ella, retirándose. Busqué una frase que la hiriera, que la dejara en el vacío existencial.

—Eres una cochina burguesa de porquería —le dije, epilogando mi borrachera incipiente. Cierta risa amarga brotaba de mí. Después llené mi vaso de nuevo, y me levanté frente a la mesa.

—Mi amistad —dije, sonriendo—, pueden meterse-la por el culiacán ¡Señores! —y varias risas cónicas se precipitaron hacia la noche, abrazadas por el humo de los cigarrillos.



Volví a bailar un par de piezas con Leo, pero ella tomaba muy a pecho su papel, y mantenía un respetuoso y decente alejamiento.

—Nos pueden ver... —sonreía, cada que trataba de besarla. Por fortuna había bebido dos vasos completos, y confesaba sentirse mareada. —No seas canalla, respétame, soy tu amiga...

Pero el alcohol la fue haciendo abordable. La culpa de nuestras acciones necesitaba de un chivo expiatorio: el Cheverny. ¿No era eso lo que buscábamos? El alcohol nos enseñaba una libertad desgraciada y hostil.

—También se puede ser canalla por soledad, por sueño, por fatiga —murmuré. Pero Leo me respondía remotamente al besuqueo, y empezaba a dejarse caer aquí y allá, en la mesa o mi hombro, en busca del sueño final.

Cuando Leo empezó a brincar, inconscientemente, señal inequívoca de que disfrutaba del sueño, yo roía un odio solitario. Al poco rato, la música desapareció también y sólo el fuelle de nuestras respiraciones habitaba el lugar. Raúl, el fotógrafo y yo, seguimos bebiendo durante mucho tiempo, como lo había hecho durante muchas noches. Habíamos nacido, y habríamos de morir contra nuestra voluntad, y ese maldito trecho de historia, y ese otro maldito trecho de espacio que habitábamos no significaban nada. En nosotros no había ni una pinche pelusa de lo que los otros llaman felicidad, ni nos importa.

Cargué con el cuerpo beodo de Leo, y me encerré con él en el primer Hotel que se ofreció a mi paso. Cuerpos que nos habían traicionado, cuerpos que recordaban orgasmos ajenos, cuerpos de dos bocas. Al fin cuerpos, al fin húmedas vaginitas sonrientes. Me fui diciendo. Y la desnudé y le hice el amor a un cuerpo inerte.

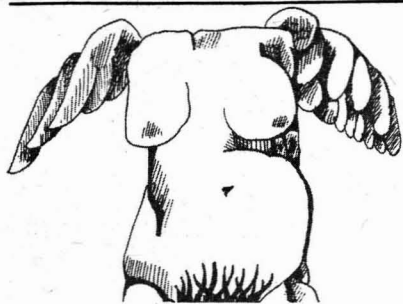
Por la mañana, el mal genio de Leo hacía de mi estado un infierno, había (*junto con la cruda*) una soledad diferente para cada uno de nosotros. Una aureola de pensamientos inútiles, de un aferrado diálogo interior. O era solamente la trastornadora presencia de aquellos ¿fantasmas?

—Lo cierto es que la realidad aparte de la que hablaba el fotógrafo, se hace evidente ahora —dije. Nos habíamos mediodespertado a base de agua helada sobre la cara.

—Estás pedo —dijo Leo, mientras merodeábamos montañas de basura y callejuelas estrechas—. Esto es una mierda, sólo a un pendejo se le ocurre ser romántico aquí —concluyó Leo, arrugando la nariz.

—Qué esperabas —le reñí. El sol implacable, su apresuramiento, me obligaban a pensar que era cierto. Era yo un pendejo. Por fin estaba borracho, total y estúpidamente borracho, en una mañana sórdida, caminando junto a aquella mujer irritada e irritante.

Rodeé su cuerpo con un brazo, en un intento último de acercamiento y recapitulación.



—Hueles a borracho —dijo ella, separándose de mí, casi con asco.

—Estoy borracho —afirmé. Habíamos llegado hasta la Avenida de los 100 metros, y se afanaba en conseguir un taxi.

—Vamos a hacer el amor —le dije. Con la seguridad de que cuando ella aceptara, todo cambiaría. No me importaba nuestra mala catadura, sólo era importante su cuerpo y mi deseo.

—Necesito un baño —contestó, molesta, cepillando rabiosamente el cabello enmarañado.

Al cruzar la calle hacia la Central Camionera, por mi mente desfilaron todos los intentos de acercamiento hacia Leo. Y consecuentemente, todos sus rechazos. Ella siempre había dicho que no quería perder mi amistad por un capricho (*así lo llamabas*), que era el mejor amigo que había tenido, que me admiraba y etcétera. Pero que en la cama no íbamos a funcionar nunca. Y se complacía con aquella palabra. Decirme nunca, era sentirse deseada,

saberse inalcanzable. Le habrían enseñado a concebir el mundo desde las palabras “nunca” y “jamás”.

Compré un par de vasos humeantes de café, y un tiquet de taxi, mientras Leo se resignaba a pasar sus delicadas nalgas blancas en un excusado público. Me sentí como un ladrón: cada caricia, cada beso, lo había tomado por asalto (*asalto nocturno, piensa*). Porque Leo guardaba celosamente todo su amor para el Bueno.

Por el Para, había aprendido de fútbol. La máxima ilusión del Nada era convertirse en comentarista deportivo, y escribía notas en un diario, sobre eso. Leo recortaba y guardaba las notas en un album que luego le regaló con motivo de su cumpleaños. Por el Bueno Para Nada quería hacerse de dinero, porque éste se quedaba embobado con las autos enormes y las cenas con queso y vino.

En fin, el Bueno Para Nada, era un bueno para nada, y ella lo amaba.

—Vamos a hacer el amor —repetí, y puse en sus manos uno de los vasos, y el tiquet de taxi. Leo bebió a pequeños sorbos.

—No me condiciones —replicó, lanzando el tiquet hacia la mesa sucia. Dirigió hacia mí unos ojos fríos, y bebió de nuevo—. Acabo de hablarle a Gerardo.

—¿Sí? —Gerardo era el Bueno Para Nada.

—Sí. Y me está esperando para ir al estudio. Tiene que hacer una nota —y era como si me dijera voy a hacer el amor con él. Porque sus ojos brillaban de lujuria, para mi desgracia. Caminábamos hacia una gran vidriera amarillenta de muchos metros de alto.

—Siquiera dame un beso —imploré.

—No —dijo ella, cortante. Me tomó de la mano, y empezó a caminar de prisa, arrastrándome—. Háblame la semana que entra ¿sí?

—¿Para hacer el amor? —insistí.

—No. Pídemelo cualquier otra cosa que no sea eso —le había abierto la puerta del auto, y me miró directa y sonriente, como las primeras veces que nos habíamos mirado. Me sentí ridículo, borracho e impotente ante aquella estúpida despedida. Quizá Jorge o Raúl lograban un orgasmo histérico sobre un cuerpo amoroso y desnudo, o gozaban de un limbo lleno de luz.

Leo me besó en la frente. Yo miraba sus piernas, sus senos.

—Haría cualquier cosa por ti —concluyó. El chofer aceleró violentamente el motor. Leo tomó asiento dentro del auto, y con una hermosa sonrisa le pidió al hombre que esperara un segundo, sólo un segundo.

—Pues... hazme el desgraciado favor de irte mucho a la chingada —le dije, casi ahogándome. Cerré la portezuela con un golpe seco, contundente.

“De todo eso, no quedaría sino una sensación de asco.”

